
3 1761 07065612 9

CARLOS GUIDO Y SPANO

Poesías



Jlustraciones de L. Palao y [illegible]

BUENOS AIRES

CASA EDITORA DE JACOBO PEUSER

1895

POESÍAS

ECOS LEJANOS



BIBLIOTECA PEUSER

CARLOS GUIDO Y SPANO

POESÍAS

ECOS LEJANOS

ILUSTRACIONES

DE

LUIS PALAO Y ARTURO EUSEVI

PRIMERA EDICIÓN

BUENOS AIRES

CASA EDITORA DE JACOBO PEUSER

CALLE SAN MARTÍN ESQUINA CANGALLO

1895



En el IV centenario del descubrimiento de América [1]

La tierra estaba envuelta en densa bruma.
Á estrechos lindes circunscrita, duerme,
Coronada Cibeles, de los bosques
En el agreste, misterioso asilo,
Donde la vida original fermenta.
Duerme, sueña. Suspensa en el espacio,
De sí misma ignorante, ciega gira,
Obediente á la ley que le da impulso.
Barrera formidable, el mar la ciñe.
Aislado el hombre, en la escabrosa playa
Contempla con pavor su inmensa furia.
¿Quién osará arrostrarla, entre huracanes

La soledad terrífica invadiendo?
¿Al océano quién en noche horrenda
Irá á encender el faro del destino?
El primero que al ponto se aventura
Sobre el tronco de un árbol, ese ahuyenta,
Animoso, las sombras del abismo.
Le seguirá el salvaje en su canoa,
Y más tarde, la gente marinera
Cuyo coraje en el peligro acrece.
Dominado el temor, rota la valla
Del piélago, hasta entonce inaccesible;
Ved al piloto egipcio cual recorre,
De caña y junco en su bajel liviano,
De la Mar Eritrea el vasto seno,
Y el litoral del Asia en occidente.
Ved el barco fenicio, que despliega
Purpúreas velas, descubriendo á Chipre,
Rodas, Creta, las Cícladas famosas,
La pintoresca, la feraz Sicilia,
Y cual la costa intrépido circunda
Del África abrasada. Hannón, Himílcon,
Parten osadamente de Cartago:
Con el oro de Ofir cargan sus naves,
Que aguarda Tiro y que Sidón festeja.
Ya de Hélade el trireme zarpa en Colcos,
Cruzando de Tesalia al Ponto Euxino;
Ya las columnas de Hércules traspasa,
Y llega á visitar la gentil Gades.

¡Pues qué decir del *drake* escandinavo,
Águila audaz del septentrión! Las olas
Á su vista sublévanse iracundas;
Mas los hijos de Thor logran domarlas,
Y hacia los climas de la luz navegan.
El tiempo andando, emprende Marco Polo
Sus viajes romancescos. Lusitania
Á Neptuno arrebátale el tridente.
Servida de audacísimos marinos,
Les envía á explorar remotos mares,
"Antes nunca surcados," que dijera
Camoens inmortal, cantando á Gama.
Pero faltaba el navegante ilustre,
La prez de Italia, el héroe de Liguria,
Para ensanchar los límites del globo.
Hoy se le ensalza en clásico certamen,
Y de Colón el nombre hasta el empíreo
Se eleva en alas de flamantes odas.
Ellas dirán las penas, las angustias,
De que apuró el acíbar, cuando oscuro,
Cual alta nube en que se esconde el rayo,
De corte en corte procurara en balde
Apoyo á sus designios; dirán cómo,
Fallida la esperanza, opresa el alma,
España le acogió, dándole aliento
Con el aliento del valor antiguo.
Y tú también ¡oh lira! que en mis manos
Humildemente suenas, tus acordes

Dedica á enaltecer nobles hazañas.
Del Nuevo Mundo el padre inspire el canto
Consagrado á su obra, aunque enmudezca,
Luego, ya roto, el débil instrumento
Que por honrarle disputé al olvido.

De una á otra edad debe inculcarse, ejemplo
Y severa lección; mísero, errante,
Sin ceder al rigor de la fortuna,
El que ha de ser asombro á las naciones,
Crée hallar la paz donde la paz habita:
En tus macizos, venerables muros,
Antiquísima Rábida, que ofreces
Blanda hospitalidad á quien la implora.
Pero su vida es el afán; se cumple
El fallo en él del síno inexorable
Que al genio lleva á combatir. Proceden
Naturaleza y arte lentamente.
Piden magnos trabajos, magno esfuerzo.
No sin vivo tesón forjara un numen
Las fuertes armas y el broquel de Aquiles;
Ni creciera en un día el pino enhiesto
Que dió á Jason el mástil de su nave.
La emulación, la envidia, la ignorancia
So la púrpura ufana, al peregrino
En busca de amplitud, el paso estorban.
Nada en tanto le arredra, en Dios confía,

Cunde su inspiración, encuentra amigos,
Del regio alcázar el cancel golpea,
Y de constancia varonil, modelo,
Insta, discute, aclara, insiste, vence.

Repetirlo es honor, lauro, justicia:
Adivínanle un sabio y una reina;
Aquel, representando las virtudes
Que á la sombra florecen del santuario,
Iluminadas de fulgor celeste;
La reina, el temple de su clara estirpe,
La magnanimidad puesta en el solio.
¡Juan Pérez! ¡Isabel! Vosotros fuisteis,
Y tú, Fernando, vencedor del moro,
Al sublime argonauta firme amparo,
Y alentadores de su empresa ¡Oh gloria!

Hélo ya sobre el mar; en su navío
Flamea el estandarte de Castilla,
Que también enarbolan los Pinzones,
Á la inmortalidad poniendo el rumbo.
Embárcanse con ellos cien valientes
Españoles, la flor de la marina,
Hombres de hierro, atletas de la sombra,
De quienes fué nodriza la borrasca.
Cuando el ancla levaron, que la costa

Dejan atrás, benditos de mil voces,
La proa hacia poniente, suelto el lino,
Rugió ensoberbecido el león ibero,
Las barras de Aragón se iluminaron.

¿Quién ignora la espléndida odisea?
Al polo el ecuador la preconiza,
Y cuéntanla de paso á la tormenta
Las olas del Atlántico espumantes.
Consígnese también en áureos versos,
Dignos del estro, si se alcanza á tanto,
Con que el bardo de Smyrna cantó á Ulises.

Triunfa Colón. El huésped refugiado
En un convento humilde ha descubierto
América! que si otro la dió el nombre,
La fama ella le da, y el orbe aplaude.
¡Oh ensueño realizado! ¡Oh fausto día!
Las ibéricas naves encontraron
Un mundo, estrecho á su ambición ¡hosanna!
Allí está, sí, magnífica, opulenta,
La codiciada tierra: nuevos astros
Dan esplendor á su beldad salvaje.
Las fuentes de la vida en ella fluyen
Con murmullos de amor, frescas y puras.
¡Qué mente imaginó tal maravilla!

Es la creación primera aun inviolada:
Lujo, abundancia, plenitud: el campo
Del porvenir, á la esperanza abierto
De la oprimida humanidad. Sorprende
Cuanto los ojos ven: el hombre, el bruto,
La planta, el ave, la floresta, el río.
Medran como en Tadmor verdes palmeras
De elegancia oriental. Todo en contorno
Luz, colores, perfumes, armonía.
Ni describirse puede el delicioso
País, ni la sin par naturaleza,
Opima en frutos, virginal en gracia.
¡Suelo bendito del Edén trasunto!
Templados aires, saludables aguas,
La esfera azul, las noches transparentes,
Con explosiones de carmín la aurora,
Y de gloriosa pompa el sol vestido.

¡Por qué no se ocultó, dejando á oscuras
El horror que á su lumbre afrenta fuera!
Al júbilo, á la paz, sucedió el llanto.
Vino la guerra infanda, la conquista,
La vil superstición, la muerte vino.
Las islas, las ubérrimas comarcas,
Apenas descubiertas, ya embestidas,
Del invasor extraño bajo el yugo,
Á los vencidos son cárcel y tumba.

La invasión se dilata, enciende el odio,
Truena la tempestad, el rayo estalla:
Fatal y doloroso alumbramiento
De un siglo de combate, en que la fuerza
Devasta y crea á un tiempo, lo caduco
Sin cesar renovando prodigiosa,
Con el derecho en pertinaz conflicto.
De Motezuma el trono al polvo rueda,
Y unos pueblos perecen, miéntras otros
En la opresión y el vilipendio gimen.
¿Qué de la herencia fué de Huayna-Cápac,
El peruviano emperador divino?
¿Qué de Atahualpa?... El humo de la hoguera
Á su martirio pérfido encendida,
Ennegrece las cumbres de la historia.
¡Y esta ha de ver trofeos inmortales,
De honra á la vez y de crespón cubiertos!
Tended la vista: fusco el horizonte.
Campos de soledad, hondo silencio,
En donde fueron reinos florecientes.
¡Singular confusión! ¡Unida al brío
La fiereza! ¿Quién freno á las pasiones
Pondrá, si hierven en viriles pechos?
Son ellas como el mar; tranquilo — el cielo
En su cristal refleja — mas si el bóreas
Con ímpetu sañudo le embravece;
Brama, se encrespa, se desborda en ira,
La playa azota, la campiña inunda,

Y cuanto más avanza, más destruye.
En medio á tanto estrago, hasta Dios llega
Tu voz, virtuoso Casas. Al oirla
Los ángeles sonríen, y las sombras
De los viejos caciques se levantan
Entre el osario de las tribus muertas,
Piedad para sus indios implorando.
¡Ah! si el grande ligur previsto hubiera
La esclavitud impuesta al Nuevo Mundo,
Y el triste fin que le guardó la suerte;
Prefiriera estrellar antes su barco
Contra el primer escollo, á abrir las puertas
Por donde en pos del triunfo entrara el crimen,
De sabias leyes burlador impune.

Á duro imperio fulminante espada . . .
Sin quitarse el arnés, altiva siempre,
Iberia expía, abriéndose las venas,
Su heroicidad terrible; queda exangüe,
Y ya ni embraza el diamantino escudo,
Ni el cetro de oro al universo impone.
Empero, del pasado entre las nieblas
La verdad resplandece. Si sus armas,
Por adalides épicos regidas,
La América, lidiando, sojuzgaron,
Diérala en cambio cuanto darla pudo:
Su fe, su lengua, su valor, su genio.

Lo atestiguan los pueblos esparcidos
Del mar Caribe al anchuroso Plata,
Que el primero Solís surcó esforzado.
La conquista arrogante eso responde
Á la posteridad si la interroga.
Dice además: "la que formé, cautiva,
Ora de vastas zonas soberana
Sobre el pavés alzada de los siglos,
Se redimió con sangre de mi sangre."
Y en sus fastos ostenta honrosos timbres.
Robustecida en el materno seno,
Tras larga pugna y lamentable ruina,
Con los escombros levantó ciudades,
De la riqueza colonial, emporio.
Mares, ríos, desiertos, cordilleras
¿Qué paraje recóndito, qué yermo,
Dejó por explorar? ¿En cuál altura
No clavó su pendón, doquier las huellas
Fijando de sus pasos de gigante?
El suelo que sembrara la discordia
Con dientes de dragón, brotó guerreros;
Luchó tenaz é indómito: fué libre.
Cumpliéronse felices vaticinios.
La amazona en sus selvas sorprendida,
Por siempre á ínclita raza vinculada,
Del Progreso triunfante es hoy la esposa.
Mirarla puede Europa sin recelo,
Pues que la tiende los robustos brazos,

Y la invita á sentarse en el banquete
De la fraternidad. “Yo soy”, exclama,
“Predilecta del sol: brilla en mi frente
La luz del porvenir: llevo en mi seno
Las esperanzas del linaje humano.
Venid á mí, soy joven, soy hermosa.
Refrescad vuestra sangre en mis torrentes.”
Y el mundo acude, y de la madre España
Palpita el corazón bajo el acero
De la vieja armadura, al ver sus hijos
Perpetuando en el tiempo su grandeza.



He nacido en Buenos Aires
¡Qué me importan los desaires
Con que me trate la suerte!
Argentino hasta la muerte
He nacido en Buenos Aires.

Tierra no hay como la mía;
Ni Dios otra inventaría
Que más bella y noble fuera.
¡Viva el sol de mi bandera!
Tierra no hay como la mía.

Hasta el aire aquí es sabroso;
Nace el hombre alegre, brioso,
Y las mujeres son lindas
Como en el árbol las guindas:
Hasta el aire aquí es sabroso.

¡Oh Buenos Aires, mi cuna!
¡De mi noche amparo y luna!
Aunque en placeres desbordes,
Oye estos dulces acordes
¡Oh Buenos Aires, mi cuna!

Fanal de amor encendido,
Borda el cielo tu vestido
De rosas y rayos de oro:
Eres del mundo tesoro,
Fanal de amor encendido.

¿Quién al verte no te admira
Y al dejarte no suspira
Por retornar á tus playas?
Deidad de las fiestas Mayas
¿Quién al verte no te admira?

De tus glorias que otros canten,
Y á las nubes te levanten
Entre palmas y trofeos.
Yo no asisto á esos torneos:
De tus glorias que otros canten.

Tu esplendor diré tan solo,
Si no del ya viejo Apolo
Con la lira acorde y fina,
En mi guitarra argentina
Tu esplendor diré tan solo.

Voluptuosa te perfumas
De junquillos y *arirumas;*
Cuando te adornas y encintas,
En las auras de tus quintas
Voluptuosa te perfumas.

Goza del Plata al arrullo
Llena de garbo y orgullo,
Criolla sin par, blasonante
De tu destino brillante,
Goza del Plata al arrullo.

Triunfa, baila, canta, ríe;
La fortuna te sonríe,
Eres libre, eres hermosa;
Entre sueños color rosa,
Triunfa, baila, canta, ríe.

¡Cuántos medran á tu sombra!
Tu campiña es verde alfombra,
Tus astros vivos topacios;
Habitando tus palacios
¡Cuántos medran á tu sombra!

Bajo de un humilde techo
Vivo en tanto satisfecho
Bendiciendo tu hermosura,
Que bien cabe la ventura
Bajo de un humilde techo.

La riqueza no es la dicha;
Si perdí la última ficha
Al azar de la existencia,
Saqué en limpio esta sentencia:
La riqueza no es la dicha.

He nacido en Buenos Aires
¡Qué me importan los desaires
Con que me trate la suerte!
Argentino hasta la muerte,
He nacido en Buenos Aires.

1889.

—⁂—

LA INDEPENDENCIA

1816

(A la Municipalidad de Buenos Aires)

La tierra estaba yerma, opaco el cielo,
La derrota doquier. Nuestros campeones
Que en la tremenda lid fueron leones,
Ven ya frustrado su arrogante anhelo.

América contempla en torvo duelo
La bandera de Mayo hecha girones.
El enemigo avanza: sus legiones
Cantan victoria estremeciendo el suelo.

Pero la Patria irguiéndose entre ruinas
¡Atrás! prorrumpe: libre se proclama:
Rompe el vil yugo con potente brazo,
Y triunfantes las armas argentinas
Llevan la libertad, su honor, su fama,
Desde el soberbio Plata al Chimborazo.

EN EL CENTENARIO DE BOLÍVAR

Nos exæquat victoria cœlo *

(LUCRECIO)

¡Oh patria, excelsior! De Bolívar grande
Sella hoy la fama el esplendor de un siglo;
Orna en fresco laurel tu frente augusta,
Brille tu escudo.

En el certamen consagrado al héroe
Lleva ante el ara de tu amor la ofrenda,
Y al trofeo inmortal de cien victorias
Une tus armas.

Al padre de Colombia ellas un tiempo
Fueron égida fuerte en los combates.
El sol del Ecuador templó su acero:
Sábelo el Inca.

---

* *Nos* iguala á los dioses la victoria.

Hoy desde el fondo de su inmensa tumba
Del fiero ultraje al vengador bendice.
¡Bolívar! ¡San Martín! clama, y los Andes
Su mole inclinan.

Allí las altas sombras se congregan
De los varones que en tremenda pugna
Á la América esclava redimieron:
Mudas se abrazan!

¡Clara progenie su renombre ensalce!
¡Que en sacras piras rutilante y pura
Arda la llama, al redentor de pueblos
Grato homenaje!

¿Oís? en ondas por el viento cunde
Alto rumor de júbilo solemne.
Es del Plata el saludo al Orinoco:
¡Magna apoteosis!

Ya las verdes coronas se entretejen;
Suena el clarín que oyera el Chimborazo.
¡Argentinos! Bolívar os contempla.
¡Salve Colombia!

No humilde numen en cadente rima
Cante su gloria que al cenit se encumbra.
La voz de un mundo entonará el hosanna;
¡Suba al Olimpo!

Julio 24 de 1883.



Leyendo el elogio de un poeta á los versos del autor

Quien puede á otros honrar se honra á sí mismo.
Á través de un abismo,
Bordeándole en mi carro altivo y mudo,
Yo también ví crecidos tus laureles,
Y se irguieron de gozo mis corceles,
Y con lampos de luz brilló mi escudo.

ANTE LOS RESTOS DEL GENERAL

San Martín (2)

Faltaba esa reliquia á nuestra tierra,
Este homenaje á nuestro honor faltaba;
La memoria del héroe reclamaba
En la patria el sepulcro que hoy se cierra.

Ante él se inclina el genio de la guerra,
Cuya luz su alta mente iluminaba
Cuando el libre pendón triunfante alzaba,
Del mundo asombro, en la gigante sierra.

Fué su gloria sin mancha y sin ocaso:
De Mayo el verde lauro la eternice,
Y antes de hollarle América sucumba.

Rompió el alma inmortal su frágil vaso:
" Yace aquí San Martín " el mármol dice;
Pero á tal hombre es pórtico la tumba.

Mayo 1880.



Bien cargada está la mina
Y es fuerza al fin que reviente:
Asfixia al pueblo el ambiente
De corrupción que le arruina.
La República Argentina
Es un país, no una feria:
— "Basta de oprobio y miseria!. . ."
Y el suelo legiones brota,
Como sangre que borbota
Cuando se rompe una arteria.

Buenos Aires en quien fijos
Tiene la patria sus ojos,
Ve con ira los despojos
De la herencia de sus hijos.
Entre zambra y regocijos

Se le esquilma, se le engaña.
Sublevarse fuera hazaña
Digna de ánimos viriles!...
— "Ya hay cañones, ya hay fusiles.
¡Á las armas! y en campaña!..."

Arde la noble ciudad
En frenético entusiasmo;
Se pelea que es un pasmo
Con igual temeridad.
De un lado la autoridad
Y sus soldados de acero;
Enfrente el pueblo altanero
Que á cañonazos protesta
Contra un poder que detesta,
Más por torpe que por fiero.

¿De quién la palma ha de ser
En la lucha que se enciende,
Si uno el derecho defiende
Y á otro le empuja el deber?
En familia, aun sin querer,
El triunfo á todos alcanza.
Siga al turbión la bonanza,
El alba á la noche aquella:
Donde se apague una estrella,
Fulgure un sol de esperanza.

Penetre esta en el hogar
De todo buen argentino,
Como el rayo matutino
Que nos llame á trabajar.
Si la existencia es un mar,
Surcarle es obligación,
Firme y limpio el corazón,
Según ayer lo enseñaron
Los valientes que pugnaron
Cada cual con su razón.

¡Honor á los que han caído
Sin encono combatiendo!
Nos han dejado, muriendo,
Un ejemplo y un gemido.
Á tal prez ¡oh! no hay olvido.
Justa fama ya les nombra
Ensalzándoles, y asombra
Al mostrarles, pregonera,
Tremolando la bandera
Que á sus restos hoy da sombra.

Duerman en paz los hermanos
En la tierra bendecida
Por quien rindieron la vida,
De servirla siempre ufanos.
Estrechémonos las manos

Para honrar su desventura,
Y que la ofrenda más pura
Al Dios de misericordia,
Sea un voto de concordia
En su humilde sepultura.

Agosto 1890.

Á PÁNFILO[3]

¿Te vas, Pánfilo, dime? ¡Qué, no es chanza?
¡Resuelves como Ulises embarcarte?
Sople el viento propicio y mar bonanza.

Pues es tu voluntad, cúmplase: parte,
Llevándote... lo mismo que has traído:
Riqueza de amistad, triunfos del arte.

Mas preguntar me ocurre á que has venido,
Dejando cual la alondra en la montaña,
En el viejo Madrid tu dulce nido.

¿Qué, así, sin más ni más, se deja á España?
¡Cruzar el mar! Muy bien, si se concilia
Con el provecho el lujo de esa hazaña.

¡Pero tú condenado á la vigilia
Del numen soñador!.... Ya, lo adivino,
Á visitar viniste la familia.

¿Qué tal los chicos, eh? Van en camino;
Valiente raza, bullanguera, noble:
Lo español incrustado en lo argentino.

Si escuchamos el toque de un redoble
Hierve la sangre y ¡á la lid muchachos!
Sin que nada nos rinda ni nos doble.

¡Ya se ve! somos hijos (y fortachos)
De los hijos del Cid, que en mil batallas
Lucieron su arrogancia y sus mostachos.

¡Gobierne usted y enrede hoy en las mallas
Que un tiempo urdieron pérfidos mandones,
A gente liberal de esas agallas!

De un soplo apagó un día los tizones
Del Santo Oficio, y rotas las cadenas,
Abriéronse al amor los corazones.

Justo es; las historias están llenas
De vuestra fama ilustre. ¿No supisteis
Á Roma contener? ¿Las agarenas

Huestes, su brava armada no rendisteis
Poniendo espanto al piélago profundo?
Cuando el francés os invadió ¿qué hicisteis?

Vuestro fué el descubrir, domar un mundo,
En que dejasteis entre sombras grandes
Del genio y del valor germen fecundo.

¿Cómo entonces (perdona, aunque me mandes
Al infierno) tenerse á maravilla
El grito aquel que estremeció los Andes?

Cundió en el Nuevo Mundo la semilla
Que arrojó en Villalar la heroica mano
Del justiciado é inmortal Padilla.

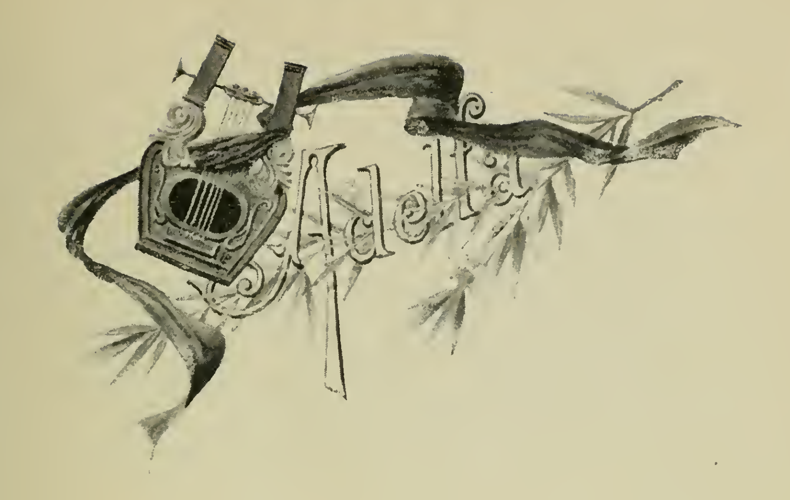
Su espíritu, su aliento soberano,
Renació aquí en el pecho de los libres,
Y el colono se alzó republicano.

Ora estos hechos peses y equilibres
Con serena razón, ora ferviente
De tu ingenio vivaz el rayo vibres,

Saluda al *maturrango* el insurgente:
Venga, pues, esa mano: paz, ventura.
No quita lo cortés á lo valiente.

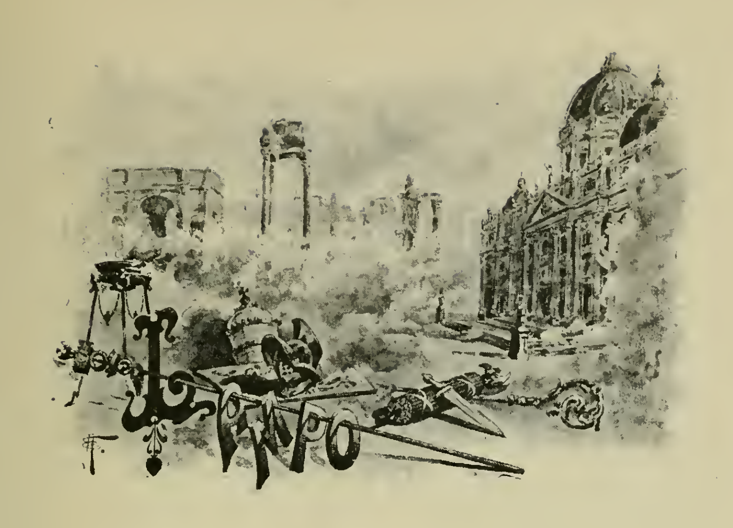
Que refresque tu labio en la sed dura
Del vivir, aspirando á ignotos climas,
El agua del raudal en la espesura,

Y fijando la mente allá en las cimas
Donde al empíreo se levanta el genio,
Alto resuenen tus preciadas rimas
En el Pindo, en la patria, en el proscenio.



Cesen tus dulces acordes,
De luto cúbrete ¡oh lira!
Que no es posible cantar
Cuando llora Andalucía!

Para la hoja artística especial «Bética» publicada en Buenos Aires en beneficio de las víctimas del terremoto que asoló parte de la Andalucía en 1885.



Roma antigua ó moderna
Es siempre Roma eterna.
Cúmplanse en las edades sus destinos,
Y resplandezca con perpetua gloria
En las excelsas cumbres de la historia
El lábaro inmortal de los latinos!

1887

Á QUINTANA

En su centenario [4]

¿Dónde el cincel que modelar pudiera
Del Tirteo español la alta figura?
¿Quién contempló su olímpica estatura
Que en entusiasmo y en amor no ardiera?

Rota de Iberia la imperial bandera,
Ó vengarla ó morir sublime jura,
Y el eco grande de su trompa aun dura,
Que al temerario Corso espanto fuera.

Luz de la historia, canta los trofeos
Del genio y el valor, y la limpieza
De la virtud y á *América inocente*

Irguiéronse á su voz los Pirineos,
Llevó incienso al altar de la belleza,
Y proclama su gloria el mar rugiente.



Es dolor del mundo todo
El dolor que aflige á Italia
Viendo la dulce Parténope
Sumergida en mar de lágrimas.
¡Ay! su corona de reina
Es hoy fúnebre guirnalda!
¡Que á sus adelfas se mezcle
Modesta flor de la pampa!
Cubre humilde trovador
De negro crespón el harpa,
Y une á sus preces sublimes
Tu silenciosa plegaria.

1887

Colaboración al número único del periódico álbum «Parténope», publicado en Buenos Aires á beneficio de los sobrevivientes del terremoto que destruyó á Casamicciola y la isla de Ischia en la bahía de Nápoles. — El siguiente soneto fué escrito en la misma ocasión.



Cuando la Italia sufre el mundo llora.
Del sol y de la gloria hija triunfante,
En cada pueblo tiene, encantadora,
Un émulo entusiasta, un noble amante.

Envuelta vive en resplandor de aurora;
Mas si el dolor anubla su semblante
¿Qué pecho no se agita palpitante
Y con ella á los númenes no implora?

Hoy ve caer de su guirnalda, triste!
Del terrible volcán al fiero estrago,
La flor gentil de Nápoles orgullo.

Ischia, la ninfa del amor, no existe!
Despareció cual niebla en terso lago:
Dénla fúnebres cantos dulce arrullo.

1887

Zorrilla

. . . .

. . . .

Diéronle España el aliento,
Cuna y sol Valladolid,
Numen los genios del viento,
El Romancero su acento,
Y pluma el crestón del Cid.



De belleza y virtud dulce modelo
La amistad enmudece al contemplaros,
Embelesada en el placer de amaros
Como á una flor que perfumara el cielo.

Mas ya que os vais, camino del oriente,
Este voto aceptad, gentil señora:
Á vuestra vida resplandor de aurora,
Frescos lirios de Arauco á vuestra frente.



(Traducción de Alfredo de Musset) (*)

Leyendo yo á Petrarca aun siendo infante,
Sentí ansiedad de gloria en mi desvelo;
Él solo habló el idioma que habla el cielo:
Amó como poeta y cantó amante.

Del corazón sensible, palpitante,
La fugaz emoción, el tierno anhelo,
Único fué en grabar, alzando el vuelo,
Con áureo estilo en fúlgido diamante.

¡Oh tú gentil y misteriosa dama,
De quién ¡ay! he de ser pronto olvidado,
Ten compasión de esta alma agradecida.

Si Petrarca no soy, ardo en su llama;
Buscanme, pues acudo, y prosternado
Á quien me da su amor le doy mi vida.

(*) Este y el siguiente soneto encuéntranse intercalados en el texto de la novela «El hijo del Ticiano», de Alfredo de Musset, que tradujo el autor á nuestro idioma.



(Alfredo de Musset)

Beatriz Donato el nombre fué de aquella
Beldad divina, en cuyo ebúrneo seno
Palpitó un corazón constante y bueno,
El cuerpo inmaculado, el alma bella.

Del hijo del Ticiano blanca estrella,
Pintóla este retrato en su amor lleno;
Dejó luego el pincel, que al mundo ajeno,
Tan solo quiso eternizarla á ella.

Caminante, si amar sabes, liviano
No me censures, mírala, ¿Equivale
Tu querida á mi luz que envidió el cielo?

La gloria de este mundo es humo vano,
Pues del arte á pesar, créeme, no vale
La copia un beso del gentil modelo.



Á Eulogia

> ¿Quién es esa que se levanta
> y va creciendo en luz como el alba?
>
> "Palabras de los Cantares".

¿Dónde está el genio que llene
Esta página perdida,
Del libro de sus recuerdos
Por capricho desprendida?

¿La conocisteis? ¡Dichosos!
¡Qué atractivos! ¡Qué dulzura!
Hasta el corazón penetra
El fulgor de su hermosura.

¿Y habré de ser yo ¡destino!
Quien aquí deba decir
Lo que cumple á egregia lira,
Cuando solo sé sentir.

Lirio á la aurora entreabierto
Allá en los valles de Chile,
No hay luz, celeste armonía,
Que á su ser no se asimile.

Cíñela, joven esposa,
Nimbo ideal que enciende el alma;
Tiene su talle gentil
Blandos cimbreos de palma.

Como Rebeca, prudente,
Y más graciosa que Esthér,
En ella el ángel soñado
Se trasunta en la mujer.

¡Oh, qué huerto de delicias!
¡Oh fresca fuente sellada!
¡En qué aroma de virtud
Toda ella está impregnada!

Con el espíritu, eleva,
Con los ojos, electriza;
Á los extraños arroba,
Á los íntimos hechiza.

De la distancia á través
Se la admira, se la siente,
En la oscuridad profunda
Blanca estrella del oriente.

Vuela pensamiento mío,
Y dila al par de incensarla,
Que quien una vez la vió
No podrá nunca olvidarla.

EN EL CENTENARIO

DE

CALDERÓN DE LA BARCA

Un siglo más! Un grado más de altura
Don Pedro, de tu fama al monumento;
Que si tuvo en Castilla hondo cimiento,
Gala y pompa del arte es su hermosura.

Con romántica lira, la pintura
De otra edad perpetuaste en noble acento,
Fué espejo al corazón tu pensamiento,
Cultor de rica mies siempre madura.

Á ella vamos, buscando aquel del alma
Sabroso pasto, en campos ideales
Fecundado á la luz que irradia el genio.

Y es maravilla el ver ¡sublime palma!
Cual ilustran tus obras inmortales
De la gente latina el gran proscenio.

Mayo 25 de 1881.



Tu libro en blanco ¡oh Julia! es cual ermita
Que al errante viajero, solitaria
Entre el verde follaje á orar incita,
Elevando la mente en su plegaria.

Aquí la mía con fervor levanto:
Que la pena jamás tu sien abrume;
Exhálese tu vida como un canto,
Y arda tu corazón como un perfume.

——⪤——



Lo dice el libro santo,
Dios de mis padres: tu poder es tanto,
Que sobre el viento imperas; de la tierra
Alzas los lindes, y del mar que brama
En perdurable guerra,
Las aguas recogiste como un manto.
Arde eterna la llama
Del sacrificio que ofreciera Elías:
En ella el orbe ante tu altar se inflama.
Con hondas, inefables armonías,
Las esferas tu gloria alto pregonan,
Y en legiones sombrías
Los siglos á adorarte se amontonan.
Los astros se coronan
De luz, cuando desciendes

Vestido en majestad de las alturas,
Y en el santuario de las almas puras
De tu divino amor el fuego enciendes.
    Á todos nos atiendes
En la triste orfandad en que vivimos,
    Al grande y al pequeño;
    Que en el valle risueño
¡Oh buen pastor! donde tu grey se apiña,
Apenas invisible te sentimos,
De tu lozana y lujuriante viña
Á todos nos alcanzan los racimos.



IGNACIO DE LOYOLA

Digitus Dei est hic
PAULO III.

Venérese tu nombre ¡oh gran Loyola!
Por la cristiana grey, al contemplarte
De la fe tremolando el estandarte
Que en las sagradas cumbres se enarbola.

¿Quién pudo contener la inmensa ola
De tu inmensa piedad? ¿Quién igualarte?
Ordenas, y tu hueste ínclita parte:
Defendiendo la cruz triunfa ó se inmola.

Estrecho el mundo á la misión divina
Que le encargas cumplir, va austeramente
Convirtiéndole á Dios, y en Él se absorbe.

¡Sacro adalid! eterna es tu doctrina,
Y al difundirse como el sol, fulgente,
En amor de Jesús se abrasa el orbe.

1894



No es el desdén del lauro prometido
Al ingenio feliz, lo que me inclina
Á este silencio en que me ves sumido.
¡Oh! la gloria es divina,
Y aquel mortal ligero
Sordo á su voz que al ánimo engrandece,
Ni la alta prez del trovador merece,
Ni la banda ceñir del caballero.
Si callo es por que crece
La sombra en mi verjel; la noche avanza,
Y que es ya tiempo, con pesar advierto,
Mientras envuelta en nubes mi esperanza
Melancólica espira,
De replegar las velas en el puerto.
Atributo es la lira
De la triunfante juventud: la abeja
Su miel no liba en el rosal marchito,

Y el agua cristalina que se aleja
De su fuente, se enturbia. ¡Ah! de infinito
Mi inspiración sedienta, hoy se asemeja
Á aquellas aves de difícil vuelo,
De alas enormes y rëal plumaje,
Que no pudiendo remontarse al cielo
Como el condor salvaje,
Describen al azar círculos vagos
En los climas ardientes
Sobre el espejo de los anchos lagos,
Posando luego allí desfallecientes.
Si, llega sin rumor la triste hora
En que el numen ya al éter no se encumbra;
Pero un rayo aun me alumbra
De la celeste aurora,
Y en copa de zafir mi incienso humea,
Y mi viejo pendón gallardo ondea
Al ver pasar la hueste vencedora.

El autor escribió estos versos á un amigo, manifestándole por qué no concurrió á los juegos florales á que fuera invitado. — 1888.



¡De tus recuerdos el libro
Aun se encuentra en blanco ¡oh niña!
¡Ni una nube en tu alborada!
Ni una esperanza marchita!
Es la estación armoniosa
De los nidos y las lilas,
Cuyo perfume se lleva
Entre sus alas la brisa;
La estación de los ensueños,
En que el valle de la vida
Al azar graciosas cruzan
Las palomas y las ninfas....
Corza que vas anhelante
Á la fuente de aguas vivas,
Que para tí siempre sea
Murmurante y fresca y límpida.
Guarda en el virgíneo seno
Como en urna cristalina

De tu virtud la alma esencia
Que trasciende á rosa mística;
Y cuando al correr el tiempo
Hacia atrás vuelvas la vista
Por contemplar del pasado
Las románticas rüinas,
Recuerda fuí yo el primero
En poner aquí mi firma,
De tu beldad aspirando
El favor de una sonrisa.

Pedro Goyena

¡Alto homenaje á la virtud rendido!
¡Verde palma inmortal! Un pueblo entero
Al varón justo por el genio ungido,
Llora y ensalza y honra justiciero.

¡Oh Pedro amado! Labrador caído
En plena mies madura al sol de Enero
Sin haber la cosecha aún recogido:
¡De la ciencia sublime jornalero!

Pero es rica tu herencia, pues nos dejas
De tu ejemplo y tus obras el tesoro,
Por la patria que amaste bien guardado.

De ella ¡ay dolor! hacia la luz te alejas,
Mientras en torno se levanta el coro
Á tu memoria ilustre consagrado.

1892.



¡Que aun hago versos! Favores
De las hermanas divinas.
¡Cómo! ¿De pálidas flores
No se adornan las rüinas?

Dulce es soñar en la tarde
Descendiendo el verde monte,
Cuando en áureas luces arde
Y desmaya el horizonte.

Dulce al crepúsculo, errando
Por las cañadas estrechas,
Dar al viento, recordando,
Melancólicas endechas.

Ya vendrá la noche, entonce
Ni más canto, ni más ruido;
Graves las cuerdas de bronce
Dirán al romperse ¡olvido!

1887



Se están bañando entrada ya la noche
Esplendorosa y cálida, en el golfo
Que blando arrulla á la sin par Corynto.
Parecen hijas de la luna envueltas
En cendales de luz. La linfa clara
De placer se estremece, acariciando
En su seno azulino aquellos cuerpos
De limpia perfección. Las actitudes
De las esbeltas vírgenes desnudas
Son armoniosas como un himno... ¡Urania! *
Del sereno cristal el dios, acaso,

---

* Venus Urania, llamada también Venus celestial, nombre dado por los griegos y los romanos, ora al cielo, ora á una Venus superior é ideal que no puede inspirar deseos voluptuosos. — BOUILLET.

Furtivo entre los juncos las atisba
Codicioso de amarlas ¡Divo Scopas!
¡Oh Phydias! á inspiraros venid luego
En la contemplación arrobadora
De formas que en el mármol se eternicen.
Yo aspirando á gozar celeste dicha,
Á una de esas doncellas de ojos garzos
Y cabellera rubia, ante las aras
Llevaré de Hymeneo al alba pura,
Y si me son los númenes propicios,
Hijos tendré cual Endymión hermosos,
Dignos del triunfo en la brillante Olympia.

1889

Víctor Hugo [5]

El tiempo que derriba al cedro añoso
En la santa montaña hirió su frente.
Augur del porvenir, luz del presente,
Creció á la sombra del laurel frondoso.

¿Quién más gentil, más tierno, más brioso,
De la existencia en el combate ardiente?
Pintó con los celajes del Oriente
Lo formidable uniendo á lo armonioso.

¡Oh divino cantor! Sus versos fueron
Gloria al arte, delicia á los humanos;
El jardín que plantó siempre florece.

Ante él las sombras del error huyeron
Y la tierra exultó!.... Silencio hermanos:
Ya el astro en otros mundos resplandece!



Al margen de una fuente
Bebedero á palomas y zorzales,
En el valle feraz verde-esmeralda
Crece una nívea rosa aisladamente,
Que la aurora en sus fiestas orientales
Prendiera del estío á la guirnalda.

Con su abanico azul el aura leve
La acaricia, y el agua desbordante,
Esparciendo en redor grata frescura,
Dále espejo brillante:
Siempre fuera adulada la hermosura.

¡Flor princesa del seno alabastrino,
Mística flor!... Purpúreas y lozanas,
Al rayo matutino
Descogen el capullo sus hermanas.

Coronan luego en el festín la frente
De la ardorosa juventud; fragantes
Las ánforas del vino efervescente
Por eximios artífices labradas,
    Ornan, y las vibrantes,
Ebúrneas liras al amor templadas;
    Cayendo deshojadas
En las nectáreas copas espumantes,
Entre risas y besos escanciadas.

¡Y la silvestre rosa! ¿Qué tristeza
Desvaneció en su faz descolorida
    El esplendor de vida,
La llama carmesí de su belleza?
    ¿En límpidos albores,
De los genios del aire preferida,
Pálida aguarda el divinal sahumerio
Que la consagre reina en su pureza?
¡Quién decirlo podrá, si en el imperio
    Reservado á las flores
Todo es adoración, todo misterio!
Quizá de alguna virgen que en la ausencia
Del ingrato amador, cual frágil vara
    De nardo se tronchara
    En plena florescencia,
Guarda en el cáliz la exquisita esencia.
Acaso á los dudosos resplandores
    Del día que fenece,

O en las noches de luna, apaciguados
Los campestres murmullos, se adormece
Por la brisa arrullada, y palidece
Soñando con los lirios azulados. . . .
. . . .
. . . .
¡Oh tímidas doncellas!
¡Veladas novias, almas elegidas!
Cuando al morir la tarde distraídas
Vaguéis por el jardín, blandas querellas
Á solas recordando enternecidas—
Vestales que guardáis el sacro fuego
Del amor que os consume,
Como un suave perfume,
Para gozaros en sus triunfos luego—
Vuestras sienes radiosas,
Bajo el velo ceñid de blancas rosas! . . .



El primero en estampar
Aquí mi nombre modesto,
Me parece haberle puesto
En el mármol de un altar.

Verdes hojas de laurel,
Ó algún himno á tu belleza,
Darte intentó la fineza
De mi amistad noble y fiel.

¡Vano alarde! Huyó veloz
La juventud! Sólo ella
Rayos gloriosos destella
Y alza armoniosa la voz.

Árbol quebrado no da,
Lola, ni sombra ni fruto;
Harpa cubierta de luto
Mejor en silencio está.

Otros en grata oblación
Canten tu olímpica gracia,
Ramo elegante de acacia
Velado en fino crespón.

Mudo yo te admiraré. . . .
¡Y cómo no, si orgullosas
Brotan simbólicas rosas
Donde deslizas el pie!

Mi verso humilde, el rumor
Imita del vago viento
Entre ruinas, y un lamento
Sólo es ofrenda al dolor.

Feliz el estro genial
¿Quién de poseerle ¡ay! presume!
Que fijara aquí el perfume
De alguna flor inmortal!

Á FAJARDO

"Entre la fe y la duda quedar puedes",
Me dice en versos líricos Fajardo,
Y destilando miel me arroja un dardo,
Suponiéndome autor de astutas redes.

¡Oh casta Musa, que á ninguna cedes
En la pasión inmensa de Abelardo!
Si tal fué mi intención, tranquilo aguardo
Que del verde laurel me desheredes.

¿Mas quién sabe de amor? ¿Es flor ó estrella?
¿Cuándo habita el empíreo y cuándo el suelo,
Vital perfume ó fúlgida centella?

Su doble esencia al contemplar, presumo
Que nacido en la tierra aspira al cielo,
Llama dulce y fecunda, incienso y humo!

1857.



La Poesía

—¿Quién al alcázar de mis sueños llama,
Y así interrumpe mi celeste canto?

La Caridad

—Te suplico, perdóname; reclama
La humanidad me escuches ¡sufre tanto!

La Poesía

—Tu voz tiene eco angelical: te he visto
Alguna vez, recuerdo, arrodillada
Ante el ara sagrada
Contemplando con lágrimas el Cristo.

La Caridad

—¿No me conoces?

La Poesía

—En tu frente el sello
Llevas de un alto origen. ¿Di, quién eres?
Si callarlo prefieres
¡Oh dulce peregrina! no por ello
Dejaré de acogerte hospitalaria,
Atendiendo á tu afán y á tu plegaria.

La Caridad

—Yo soy la Caridad. Es mi destino
Por mandato divino,
Amar, piadosa amar, consuelo al mundo,
Madre al dolor, amparo á la desgracia.
En el suelo fecundo
Díctamo y panacea
Á mi paso germinan, y la acacia
Florece, y el quemado incienso humea.
De la vida en el golfo soy remanso;
Me esperan el doliente, el moribundo;
Á ellos voy sin descanso:
Ni puedo abandonar los pobres niños
Que en su orfandad aguardan mis cariños.

La Poesía

—¿Qué, pues, quieres de mí?

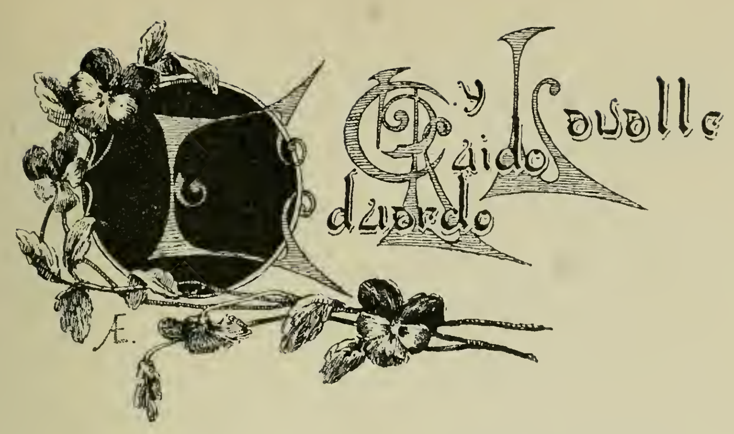
La Caridad

—Limosna imploro
Del genio que lo grande en sí resume,
Y de virtud en su esplendor blasona.

La Poesía

—Toma mi lira de oro,
Y elige á tu albedrío en mi corona
Que de fresca presume,
La flor más pura de inmortal perfume.

Estos versos fueron escritos para una fiesta de caridad, habiéndose solicitado el concurso del autor.



Heu miserande puer!
VIRGILIO.

¡Cayó, palma tronchada en vigor pleno!...
Mi pobre rubio, mi gentil sobrino!...
¡Qué joven noble y bueno!
¡Qué gallardo argentino
Nos arrebata el fallo del destino!

Recién, feliz, entraba al mundo; entraba
Con paso firme, á pecho descubierto.
Su juventud radiaba:
En su lozano huerto
Ya la flor prometía el fruto cierto.

Yo le he visto crecer, de la familia
Á un tiempo orgullo y esperanza y gala.
¡Amigos! *date lilia;*

El cisne tendió el ala,
Y en límpido azul su voz exhala.

¡Almas tiernas, plañid! Con más extremo
Abrazad vuestros hijos, temerosas
Ante un dolor supremo:
De esas vidas preciosas
Un soplo basta á marchitar las rosas.

Así de Eduardo la guirnalda verde
Agosta el cierzo y en su albor espira.
Al ya extinto ¡ay! recuerde
Melancólica lira:
Enciéndase en su honor fúnebre pira.

Modelo fué de la filial ternura.
Como la abeja en prado floreciente
Recogía miel pura
Y aromas en su oriente:
Formaba su corona ocultamente.

Amó la patria que ínclitos abuelos
Supieron libertar con gloria tanta
Y sublimes anhelos:
Retoño de tal planta
Imitarlos quisiera, estudia y canta.

De las musas alumno verdadero
Templó la sed en su raudal sonoro,
Mientras del caballero,
Guardian de su decoro,
Se adivinaba en él la espuela de oro.

Si, ni una sombra en la espaciosa frente
Que aspiraba al laurel; ni un desvarío
De la sangre bullente:
Siempre en limpio navío
Con velas blancas navegando el río.

La copa antigua del placer impuro
Se hubiera roto en su inocente mano:
Del deber hizo un muro,
Y allí desde temprano
Su insignia enarboló fuerte y ufano.

¡En vez de ella un crespón! En vez del canto
Que modulara en su risueña aurora
¡Silencio, dolor, llanto!
La antorcha brilladora
Se extinguió en la borrasca de una hora.

¡Veinte años y morir! ¡Ah, dan temblores
Estas crueles ausencias matutinas!. . .

Él llevóse las flores:
Guardamos las espinas,
Vagando taciturnos entre ruinas.

En blanco de su vida el libro queda.
¡Todo acabo con él! Humo de incienso,
Rumor de la arboleda,
Himno de amor intenso,
Su espíritu elevóse hacia el Inmenso.

¡Oh, si el que da del tiempo la medida
Se la hubiera acrecido! ¡Qué promesas!
¡Cuánta savia perdida
Y frustradas empresas!
¡Donde la llama ardió, tristes pavesas!

Mudo guarda el dolor la humilde fosa...
¡Bendito sea su recuerdo amado!
Y avive en la angustiosa
Noche, que aun no ha pasado,
El fuego de su hogar casi apagado.



Feliz año: que un siglo de grandeza
Cúmplase en él para la hermosa patria:
Que todo corazón realice ufano,
Tras cada noble esfuerzo, su esperanza.

Brille el fruto en el árbol de la ciencia,
Y acaricien benéficas las auras,
La flor que sobre el velo de las vírgenes
Lucirá un día en la nupcial guirnalda.

No falte lumbre en el hogar, ni falten
A los muertos queridos nuestras lágrimas,
Rocío á melancólicos recuerdos
De la noche tristísima del alma.

Madure el sol en el trigal la espiga,
Cunda la vid en la desierta pampa,
Crezca el ganado en la llanura inmensa
Que el valor argentino conquistara.

La libertad se afirme; la justicia
Augusta ejerza su misión sagrada:
Que sea al extranjero nuestra tierra
Dulcemente gentil y hospitalaria.

Cruce el mar sin zozobra el navegante,
Y al abordar la costa americana,
Brisas de paz agiten su bandera
Erguida al tope de la nao bizarra.

Elevemos en tanto un himno sacro
Que oigan los cielos, en acción de gracias
Por los inmensos bienes recibidos,
Y los que acaso el porvenir nos guarda.

Con nobles pensamientos emprendamos
En el año que empieza nuestra marcha.
Dios está con nosotros ¡adelante!
Es el progreso el campo de batalla.

¿Quién será el más valiente? ¿Quién más alto
Alzará su pendón en la demanda?
Depongamos los lauros del combate
Ante el altar de la virtud sin mancha.

Y refugiados luego en la familia,
Cuando las fuerzas por la edad decaigan,
Podremos descansar tranquilamente
En la cumbre ó al pie de la montaña.

Enero de 1889.

PRINGLES

Terrible fué la desigual demanda.
Corto grupo de torvos granaderos,
Del número acosados, cargan fieros
La ibérica legión: Pringles los manda.

Testigo el ponto de la lid infanda
Brama iracundo. ¡Guay de los primeros!
Ya sucumben, períncitos guerreros,
Cuya épica figura el tiempo agranda.

Bañado en sangre, en su corcel de guerra,
Con los que aun restan á la mar se azota
El paladín puntano embravecido.

"¡Vivid, héroes!" les grita desde tierra
Noble el jefe español, y en la derrota
Por su acción inmortal triunfa el vencido.

1895.



¿Quién al saber su deplorable suerte
No ha sentido ¡ay! opreso el corazón?
La sombra de Romeo sollozara,
Y el viento entre los sauces suspiró.

Extinta apenas su Matilde pura,
La gentil novia ayer, el ángel hoy,
Arrebatado del pesar inmenso,
Parte á buscarla en la inmortal región.

Ella sin duda le aguardó anhelante,
Y en dulce abrazo unidos ya los dos,
Cruzan el éter, almas peregrinas,
Hacia la blanca estrella del amor.

La misma tumba sus reliquias guarda,
Y diz que allí cuando se oculta el sol
Se oyen acordes de harpas invisibles,
De castos besos celestial rumor.

Los que risueños apuráis la dicha
En copa de oro que el placer colmó,
No culpéis al amante sin ventura
Sumergido en el mar de su ilusión.

La muerte le llamara compasiva,
Y en sus brazos el triste se arrojó;
Lo que sintiera esa alma acongojada,
Tan solo puede comprenderlo Dios.

No serás olvidado ¡oh pobre joven!
En el sepulcro que te asila, no!
Que bien mereces amador sublime
Un recuerdo, una lágrima, una flor!. . .



Como en urna sellada
Tu memoria en mi pecho está guardada
¡Oh mi Daniel! . . ¡Mi hijo!. .
¡Mi corderito blanco idolatrado!. . .
Aguárdame, allá voy: el plazo es fijo.
Más que nunca amoroso,
Pronto, ya casi el viaje terminado,
En la mansión del eternal reposo
Me tendrás á tu lado.

⁓

Melancolía

Grave y dulce es recordar
En el crepúsculo triste
De la vida, que es un mar,
Lo que ha sido y ya no existe!

Revista que el alma pasa
De sus triunfos y reveses,
Desde el huerto de la casa
Á los fúnebres cipreses.

Avanzando en mi odisea,
Vuelve atrás el pensamiento
Cual la llama de una tea
Que es llevada contra el viento.

¡Cuántas memorias no alumbra,
Y qué abismos de tristeza!
Entonces á Dios se encumbra:
Poder, misterio, grandeza!

De nuevo en amor se enciende
Ante aquel amor sublime,
Y sus anchas alas tiende
Como una ave negra, y gime.

Pues no hay consuelo mayor
Del hombre al fiero quebranto,
Que sumergir su dolor
En el mar del propio llanto.

Cuanto nace á morir, llora;
De nubes cúbrese el cielo,
Vierte lágrimas la aurora,
Se viste el templo de duelo! . . . .

Arda en nuestra ara, encendida,
Envuelta en finos crespones,
La lámpara bendecida
De ya extintas ilusiones.

Á su fulgor vacilante,
Yérguense frescos los lirios
En la fuente sollozante
De los pasados martirios.

¡Flores tristes de la tumba!
Mi talismán sois vosotras;
Hasta el día en que sucumba
No orlaré mi cruz con otras.

¡Ah! jamás apartar quiero
De mis penas el sentido:
Sé, dolor, mi compañero,
Ya que al fin no me has vencido.

Templado en tu ardiente fragua,
Tras cada golpe me calmo:
¿Se hunde el barco? ¡Pecho al agua!
La vida es lucha y es salmo.

Si el cansancio nos doblega—
Á la orilla del camino
Sentados, en tanto llega
La sentencia del destino,

Grave y dulce es recordar
En el crepúsculo triste
De la vida, que es un mar,
Lo que ha sido y ya no existe!

1889.



¡Oh soledad! ¡Oh murmurante río,
Á cuya margen espontáneos crecen
Los árboles frondosos, que el otoño
Despoja ya de su hojarasca verde!

Huésped errante de la *selva oscura*
Di en estas limpias aguas ¡Cuántas veces
Me vió la tarde, absorto en mis recuerdos,
Contemplando su plácida corriente!

La gran naturaleza, de mis penas
Oyó el lamento que hacia Dios asciende:
En su templo inmortal á quien la invoca
Seguro asilo y bálsamos ofrece.

Al dejar sin retorno estos lugares
Tan dulces á mi afán, llevo indeleble
Una impresión de gracia, de frescura,
Y hasta el sahumerio del paisaje agreste.

Como esas aves de amoroso instinto
Que en busca de calor el aire hienden,
Así mis pensamientos al amparo
De los afectos íntimos se vuelven.

¿Pero en cuál mejor sitio hallar la calma,
Y este silencio arrobador, solemne,
Que al fatigado espíritu conforta
Mientras las horas se deslizan breves?

Es aquí donde exhausto peregrino
Quisiera alzar mi solitario albergue,
Y arrullado del aura y de las ondas
Vivir lejos del mundo, para siempre!...

Mayo 1890.



Torné á ver la vieja ermita.
Se halla todo en su lugar:
La lámpara moribunda,
La flor mustia en el altar.

Doquier quedan las señales
De la dulce, antigua fe:
Allí está la Dolorosa,
Allí el Cristo que adoré.

¡Cuántas veces, siendo niño —
El santuario á media luz —
Me llevó mi tierna madre
Á besar juntos la cruz!

¡Tiempos idos! Pero aun guardo
Su memoria, y la impresión
De recuerdos inocentes
Me penetra el corazón.

Hoy después de largo viaje,
Tras de recia tempestad,
En el sagrado recinto
Calma busco y soledad....

¿Quién me llama? ¡Oh voz sentida
Que hace el pecho conmover
Con rumores de plegaria,
Con ternuras de mujer!

"Ven, me dice, al infortunio
Da un himno. Lo pide así
La Caridad, luz del cielo"....
El laud á pulsar fuí.

¡Ay! el rítmico instrumento
Para siempre enmudeció!
Al querer forzar las cuerdas
En mis manos se rompió.

Pues haré de blancas rosas,
Pensara, el don fraternal.
Cayó la helada en mi huerto,
Agostado hallé el rosal.

De un melancólico sauce
Colgué entonces el laud;
Y volví á la vieja ermita,
Y lloré mi juventud.



—¿Dónde vas ¡oh peregrino!
Por tan fragosa montaña?
—Á perderme entre las nubes
Que coronan las cúspides más altas.

—¿Libaste en el mundo acaso
Del dolor la copa amarga?
—Llevo conmigo marchita
La flor azul de la última esperanza.

—¡Quizá fuiste un poderoso!
—Soy una sombra que pasa.
—¿Algún bardo?
—No interrogues
Á quien ya solo con los muertos habla.

— Dios te ayude en tu ascensión
Hacia las cumbres sagradas.
— "Amén".
Y siguió adelante
Al són lejano de invisibles harpas.



¡Oh blanca reina del alto cielo
Que en carro ebúrneo triste paseas!
Tú á quien preceden vívidas teas,
Mi selva oscura viste de luz.
Y allí apacible, dulce y sin velo,
De sus misterios reveladora,
Sé de mis sueños cándida aurora,
Nimbo suave de aislada cruz.

Alumbra el fondo de aquel paisaje,
Donde entre zarzas vénse esparcidas
Ruinas humildes, tumbas queridas,
Que sollozando guarda el amor.
Ellas señalan el largo viaje
De que he vencido rudas jornadas:
Marché por sendas no frecuentadas,
Fiado en mi estrella y en mi valor.

¡Cuántos azares! De suerte escaso
Mantuve siempre la frente altiva;
Si la fortuna se mostró esquiva,
Jamás ante ella me prosterné.
Tenues celajes que ya al ocaso
Llego, me anuncian, de mi existencia;
Suene la hora; pronto á la ausencia,
Sin un lamento me alejaré.

¿Quién ¡ay! entonces de mi destino
Traerá á la mente la vaga historia?
Sombra que pasas, humo es la gloria,
Tu edén soñado, quimera al fin.
Luna que esparce fulgor divino,
La dicha dura sólo un momento:
Ninguna antorcha resiste al viento;
Rotas las copas cesa el festín.

Yo luché un día... Quedé tendido
Del casco de oro la sien desnuda;
Débiles ecos del harpa hoy muda,
Por esos campos muriendo van.
¿Mas dónde el numen fortalecido
Con el aliento de la esperanza?
Plegó sus alas; la noche avanza
¡Luna amorosa templa mi afán!

De tu diadema de nácar, dame
Porque me inspire, blandos reflejos;
Vibre armonioso mi canto lejos,
Al arte, al mundo, postrer adiós.
Que en él en limpias ondas derrame
Su savia toda, contrita el alma:
Á otros del triunfo la verde palma;
Á mí el silencio, las sombras, Dios!

1889.

NOTAS

NOTAS

(1) América

Esta composición presentada en oportunidad á la Comisión del Certamen promovido por la Real Academia de la Lengua, (á que el autor tiene la honra de pertenecer) para festejar el último centenario de Colón, cantando el descubrimiento de América, no mereció, como ninguna de las muchas otras que al mismo fin se remitieron, se la considerase digna del asunto que le sirvió de tema. Percances literarios.

---

(2) Ante los restos del General San Martín

Este soneto, oportunamente publicado en Buenos Aires, fué remitido con la siguiente nota á la Comisión especial á que en ella se alude.

Buenos Aires, Mayo 27 de 1880.

«Los deudos de los próceres de la Independencia, reunidos en la Capitanía General de Puertos, saludan y ofrecen á los señores de la Comisión encargada de recibir los restos del General San Martín, la adjunta poesía, para ser publicada como homenaje y expresión de sus sentimientos en la apoteosis del héroe americano.

Carlos Guido y Spano, Angel J. Carranza, E. Diaz Velez, Silvestre Alvarado, J. M. Belgrano, Alejo Eguía, Julio C. Sánchez, Francisco Molina Viamonte, Nicanor C. Carbonell, Federico Melian, Félix L. Olazábal, Manuel Z. de Olazábal, Juan Angel

de Beruti, Gustavo Martínez, Pedro R. Seguí, Luis Silveira, Juan Cruz Ocampo, Enrique Sorondo, Julio Sánchez Viamonte, Mariano E. Aguirre, Angel D. Salvadores, Mariano Escalada, Antonio Espinosa, Orestes de Olazabal, León M. Weigel, José Olavarría, Nicolás C. Suárez, Torcuato Villanueva, Inocencio Torino, Aubri Casanova, Eduardo Durao Rodríguez, Domingo Espinosa, Luis Z. Briones, José Tomas Guido, Carlos Carrega, Tomas A. Guido, Matías Pinedo, Bernabé J. Núñez, Isaac Melian y Belgrano, Luis Vega, Julián Montaña, Eugenio Garzon, Ataliva Roca, Antonio Díaz, José J. Aldao, Pío Aldao, Anselmo Rojas, Joaquín Rivadavia, Joaquín Belgrano, Bernardino Rivadavia, Florentino Uriburu, Antonío P. Díaz, Fausto Díaz, Angel Carranza, Cándido Galván.—(Siguen las firmas).

---

(3) Los versos á Pánfilo fueron escritos á solicitud del sugeto á quien eran dirigidos, literato de paseo en Buenos Aires, y aspirante á los favores de Talia. Tenía éste intención de hacerlos leer en el teatro, donde se le preparaba un beneficio que, hallándose en situación precaria, le proporcionase los medios de regresar á Europa. La composición fué observada con displicencia por el beneficiado, creyendo percibir en ella, ingratas alusiones á su persona y á su patria. Tan inesperada apreciación sorprendió al autor, determinándole buenamente á desistir de su concurso amigable. Pasado el tiempo, y salvados de milagro, decia el poeta, los referidos versos, se reproducen aquí, encabezándolos con un nombre supuesto.—*(Nota del editor).*

---

(4) El soneto á Quintana fué escrito en Octubre de 1884 para ser presentado en la gran fiesta de los Juegos Florales, dada en esa fecha en Buenos Aires, bajo los auspicios del «Centro Gallego.» Llevaba por lema: *Sapiens uno minior est Jove* (á Jove sólo es inferior el sabio). Enviado el soneto al jurado

que debía juzgar las composiciones de los concurrentes al certamen, fué luego retirado por su autor, mediando para ello motivos de delicadeza que no es del caso referir. Al publicarlo «El Diario» bajo la dirección del eximio periodista D. Manuel Láinez, con singular elogio, decía entre otros conceptos: «para los que no están al cabo de las finezas literarias que encierra el soneto de Guido y Spano, lo comentaremos brevemente. Eligió sin duda ese género de composición por el carácter clásico que se le atribuye, y á ejemplo de insignes poetas cuando han querido glorificar la memoria de personajes ilustres.

«¿Quién contempló su olímpica estatura» etc.

Saint Beuve refiriéndose á Tucidides como historiador, pondera *son imposante stature*.

«Rota de Iberia la imperial bandera
O vengarla ó morir sublime jura.»

Quintana en su oda «A España» exclama:

«No ha sido en el gran día
El altar de la patria hollado en vano,
Por vuestra mano fuerte;
Juradlo, ella os lo manda: ¡Antes la muerte
Que consentir jamás ningún tirano!
Sí, yo lo juro, venerables sombras;
Yo lo juro también, y en este instante
Ya me siento mayor. Dadme una lanza,
Ceñidme el casco fiero y refulgente;
Volemos al combate, á la venganza,
Y el que niegue su pecho á la esperanza
Hunda en el polvo la cobarde frente.»

«Y el eco grande de su trompa aun dura» etc.

«Ya se acerca zumbando
El eco grande del clamor guerrero.»

(QUINTANA.)

Tratándose de elogiar á Quintana no podían olvidarse sus méritos de historiador excelente.. « Luz de la historia » fué en efecto el autor de « Vida de españoles célebres ».

«. . . . Canta los trofeos
Del genio y el valor, y la limpieza
De la virtud y á América inocente.»

Alúdese á las odas — «Á Juan de Padilla»; « Guzmán el Bueno », « Trafalgar », « Á la expedición española para propropagar la vacuna », « Á la invención de la imprenta », « Á Jovellanos », « Á Meléndez », « Á Cienfuegos », « Á D. Ramón Moreno », y también á aquella famosa invocación que empieza:

« Virgen del mundo, América inocente » etc.

« No pequeña parte de sus investigaciones, » escribía Don Antonio Ferrer del Río, ha dirigido el señor Quintana á la historia de América, por cuya suerte se interesa de una manera verdaderamente amorosa. ¡Qué americano no se honraría en tributar homenaje á tan esclarecido varón!

« Irguiéronse á su vez los Pirineos »

Los montes efectivamente, parecieron levantarse á las ardientes evocaciones del vate, como un formidable antemural opuesto por la naturaleza á la invasión extranjera.

« Llevó incienso al altar de la belleza »

El fogoso patricio, el historiador, el cantor épico de las glorias de España, rindió también alto homenaje á la hermosura, á quien dedicara la composición que comienza con los siguientes versos:

« Cuando en la flor de mis risueños días
Mi vista hirió tu luz dulce hermosura
¡Oh cómo palpité! ¡Cómo mi pecho
Te amó, te idolatró! Tú numen fuiste
Que desplegar hiciste

El vuelo de mi voz; tú presidías
De mi cítara al son, que entonces era
Más bien el eco de las ansias mías
Que el eco de tu gloria; exento ahora
De temor, de deseo y de esperanza,
Que aceptes pido con afable agrado
El tributo que rindo á tu alabanza. »

« Y proclama su gloria el mar rugiente »

La más poderosa voz de la naturaleza. Todos recuerdan la oda « Al mar » del insigne poeta:

« Calma un momento tus soberbias ondas
Océano inmortal, y no á mi acento
Con eco turbulento
Desde tu seno líquido respondas;
Cálmate, y sufre que la vista mía
Por tu inquieta llanura
Se tienda á su placer. Sonó en mi mente
Tu inmenso poderío,
Y á las playas remotas de occidente
Corrí desde el humilde Manzanares
Por contemplar tu gloria,
Y adorarte también, Dios de los mares. »

Dice el Salmo XVIII de David. *Cœli enarrant gloriam Dei.*

---

(5) El soneto á Víctor Hugo fué recitado por su autor en el acto de la apoteosis, que después de la muerte del gran poeta se le hizo en Buenos Aires, promovida por los residentes franceses. Refiriéndose á la solemne manifestación, un diario de la época, luego de describir la ceremonia magnífica que durante el día efectuóse en el Jardín Florida, agrega lo siguiente: « Por

la noche todas las localidades de la Opera estaban ocupadas, siendo por consiguiente numerosa la concurrencia que asistió á la segunda parte de la fiesta organizada por el *Comité.* Al levantarse el telón, después de oir los circunstantes, de pie, el Himno Nacional y la Marsellesa, apareció en el centro del escenario el mismo catafalco que por la tarde se había alzado en el Jardín Florida, notándose alrededor de la base las obras del poeta encuadernadas y algunas coronas. Las partes laterales del proscenio estaban tapizadas de merino negro. En doble fila de sillas se hallaban los miembros del *Comité* y otras personas, y un poco más abajo del monumento una mesa enlutada para los oradores El señor Alejo Peyret, á quien según el orden del programa tocó hacer uso de la palabra, leyó un extenso discurso en que reseñó la vida de Víctor Hugo, haciendo resaltar sus virtudes en el destierro, siguiéndolo paso á paso en los progresos de su brillante carrera literaria, examinándolo bajo el aspecto del escritor y del político, y excusándolo, al terminar, de los pequeños defectos que pudieran achacársele, con los grandes méritos que se le deben reconocer. Los señores Groussac y Ebelot siguieron al señor Peyret, enalteciendo la fama del escritor francés, demostrando la influencia por él ejercida en la literatura y la política, y lamentando en sentidas frases la inmensa pérdida que ha llenado de luto á la Francia. Los tres oradores fueron repetidamente aplaudidos, especialmente el señor Ebelot, que habiendo aprendido su discurso casi de memoria, lo pronunció con muchísima expresión. Saludada con aplauso la presencia de Carlos Guido y Spano, dijo con voz clara y vibrante las palabras cuya brevedad nos permite reproducirlas íntegras.

«Me ha tocado la honra de ser de los escogidos para contribuir con mi palabra á este acto literario, que es en realidad una apoteosis. Mi gratitud hacia los caballeros franceses que lo han iniciado y lo presiden, difílmente podría igualar la distinción recibida. ¿Cómo corresponderla? «Hablad» se me ha dicho, vos, argentino, al gran poeta francés.» ¡Imaginad qué

confusión la mía, qué prez inestimable! Impulsado en mi propio deseo por tan obligante y expresiva insinuación, he escrito algunos versos: débil nota que agregar al coro magnífico de alabanzas que de todas partes se levanta y que aquí mismo acabamos de escuchar conmovidos, en elocuentes oraciones. Mañana se disipará ese incienso (el orador señala á los que le precedieron en la palabra), pero quedarán los vasos de oro. En más límpida atmósfera se alzará en el tiempo aun más augusta la imagen del vate soberano.

«Lamentando su pérdida, se ha repetido que con él se enterraba la poesía. No, no hay en la tierra espacio suficiente para sepultar á esa hija armoniosa de los cielos. Ella existirá mientras el hombre pueda levantar los ojos al firmamento, y sienta en su pecho las palpitaciones de un corazón amante y generoso.

«Lo estamos viendo: el salmo de glorificación universal que á Víctor Hugo se consagra, significa asimismo la protesta del siglo contra los que le suponen, con injuria, apartándose huraño, materialista, escéptico, de las vías sagradas, de las sendas floridas de la imaginación, para vivir solo abrazado al árbol de la ciencia.

«El anciano sublime cuya lira acaba de romperse, le representó, como nadie, en sus ideales románticos, en sus aspiraciones más altas: unas veces lo embelesó, allá en la juventud, con sus endechas, con sus creaciones dramáticas; otras en medio de terribles conflictos, lo asombró haciendo resonar el arpa de los profetas y la trompeta de oro del arcángel... Fué su oráculo inspirado, su auréola refulgente. Con sus rayos nos ha alumbrado, nos ha hechizado á todos. Así se explica por qué los contemporáneos acorren de consuno á rendir tributo de admiración á esa figura colosal.

«Y yo también, saliendo al frente de entre las columnas del pueblo, he querido ofrecerle mi homenaje en su eterna partida, asumiendo en la medida de mi fuerza, la responsabilidad honrosa de ser en esta ocasión uno de los representantes de mi

patria, en las letras; de mi patria esclarecida, apasionada de lo grande y lo bello.

«Traigo aquí una composición breve, un soneto. Esa forma, ya antigua, es en verdad estrecha, pero fuerte. Ingenios superiores la adoptaron en circunstancias solemnes. En cuanto á mí, mejor que un poema hubiera querido burilar una inscripción lapidaria. El genio, más que se canta, se contempla y se admira. De otro lado, la mirra arde lo mismo en pequeño turíbulo que en las piras del templo, y los monumentos más duraderos han sido fabricados de mármol ó de bronce, rígidos y fríos por su naturaleza.

«Yo no pretendo á tanto. He aquí mi humildísima ofrenda.»

---

(6) Eduardo Pimentel

«La historia de los amantes del Pergamino es tan sencilla como conmovedora. Más que un hecho real, creeríase el engendro de una imaginación romántica, si la impresión que ha causado no hubiera conmovido hondamente á los habitantes de aquel lejano pueblo de la campaña y llegado hasta nosotros.

«Dos jóvenes se amaban, Matilde Mandiola y Eduardo Pimentel, y debían contraer matrimonio completando así la felicidad de que gozaban. Pero los azahares destinados á coronar la frente de la novia, no debían ostentarse al pie del altar sino en los umbrales del sepulcro, donde Matilde era esperada por la muerte, que había de despojarla de las gracias de la juventud para devolverla al polvo.

«La pérdida de Matilde hiere profundamente el corazón de Eduardo, que resuelto á seguir más allá de la tierra á la mujer amada, se quita la vida, pidiendo que su féretro sea colocado junto al de la novia desaparecida.

«Su voluntad se cumple: el mismo sepulcro encierra hoy las cenizas de los dos amantes. . . .

«Eduardo Pimentel que rindiendo al recuerdo de la amada muerta el tributo de su vida, se ha convertido en un héroe de poema, tanto más digno de inspirar un sentimiento de ternura, cuanto que el mundo se torna cada día más positivista, ha encontrado ya su cantor. El alma del poeta ha recibido con mayor fuerza esas impresiones, y las ha reflejado en estrofas esculturales, para que vivan más que la frágil vida del hombre.

Del *Sud-América,* 1888



INDICE

Páginas



3/3/64